Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (en prensa): reseña aceptada para ser publicada en un próximo número de la revista.
ISSN: 1989-4651 (electrónico)
Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España (texto legal). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

WEIL, S (2025), *La Ilíada o el poema de la fuerza*. Madrid. Ediciones Trotta.

"*De su suerte te aseguro que no hay*
ningún hombre que escape,
ni cobarde ni valeroso, desde el mismo día
en que ha nacido"

Homero, Ilíada, canto VI, vv. 488-489, p. 156, trad. de Emilio Crespo Güemes. Gredos, 2014.

La primera impresión que nos puede suscitar el poema homérico *La Ilíada* es la heroicidad presente en la guerra, asedio y caída de Troya a manos de los aqueos. Las artimañas de Odiseo, la ambición de Agamenón, las escaramuzas militares emprendidas por los griegos o la ira de su protagonista Aquiles, pueden mostrarnos un aspecto épico del ciclo troyano. Nada más lejos de la realidad. Como en toda guerra, el conflicto está cargado de dolor y de sufrimiento y lejos de presentar a los troyanos como un enemigo "moralmente perverso", se nos presentan como personas que, también, sufren y padecen el conflicto.

Esta obra escrita por Simone Weil entre 1939 y 1940 se compone de dos partes: el propio ensayo y una selección de apuntes sobre la obra presentes en algunos de sus cuadernos. Tras la experiencia de la Gran Guerra y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Weil nos muestra un enfoque del ciclo bélico muy alejado de la epicidad. Esto no se debe únicamente al contexto bélico que se vivía en Europa, recordemos que Weil vivió de primera mano la experiencia de la Guerra Civil española, lo que le otorgó una visión directa de las experiencias violentas e imágenes desgarradoras desplegadas en la guerra. Bajo esta lectura, el epicentro del poema no es la ira del pélida Aquiles, sino la fuerza como capacidad de someter a los individuos y que hace del héroe "*una cosa arrastrada detrás de un carro entre el polvo*" (p. 16). La *fuerza* para Weil tiene la particularidad de convertir a todo ser vivo en una "cosa" inerte, esto es, un cadáver.

En el ensayo, Weil discierne entre varios tipos de fuerza siendo la que mata la más explícita y primaria. Una vez que esta fuerza se ejerce contra un ser vivo, le arrebata la vida y le convierte en un cadáver. Pero hay otra que no mata. Puede matar, sin duda, quizá lo haga. Sin embargo, el mero hecho de estar suspendida sobre el ser al que puede arrebatar la vida lo convierte en una estatua de piedra a merced de la voluntad de quien

lo domina: "*Un hombre desarmado y desnudo contra el que se dirige un arma se convierte en cadáver antes de ser tocado*" (p. 18). Un instante de pulsión desmedida por parte del guerrero bastaría para arrebatarle la vida a su rehén, por eso no tiembla, no se estremece. Se trata de una violencia menos explícita pero no por ello menos mortal. Los suplicantes vuelven a ser personas una vez que sus peticiones son atendidas, pero con el estigma y el desgarro que genera la contradicción entre ser vida y ser una cosa, porque el esclavo pierde su vida interior y solo la recupera cuando aparece la posibilidad de transformar su destino. Para Weil esto es el imperio de la fuerza que "*tan despiadadamente aplasta* (...), *tan despiadadamente embriaga a quien la posee o cree poseerla*" (p. 25). Todas las figuras que participan de la guerra se ven, en algún momento, obligadas a doblegarse bajo el yugo de la fuerza de un superior, tal y como se nos muestra en el pasaje en el que Aquiles proyecta su ira *menis* (*Μῆνις*) contra Agamenón por arrebatarle a Briseida. Se siente ultrajado y humillado hasta el punto de derramar lágrimas que emanan del dolor y que su superior le ha causado. Agamenón humilla a Aquiles para demostrar su primacía.

Todos están destinados a sufrir la fuerza que emana de la violencia porque el fuerte no es nunca plenamente poderoso, ni el débil completamente impotente; las tornas de la guerra van cambiando, de la misma forma que las relaciones de hegemonía. La suerte de los combates viene sentenciada por el destino y los dioses que disponen soberanamente sobre la victoria y la derrota, pues todo el panteón olímpico –a excepción de Zeus– toma partido en la guerra. La fórmula "*Ares es justo y mata a los que matan*" refleja el equilibrio de este proceso (p. 29). Por ejemplo, cuando Aquiles se retira de la guerra, a consecuencia de la humillación perpetrada por Agamenón al arrebatarle a Briseida, los troyanos comienzan a ganar terreno y vencer en las batallas. Patroclo, ante la negativa de Aquiles a combatir y con el propósito de revertir esta situación, toma la armadura del propio Aquiles y se dispone a luchar, pero termina siendo asesinado por Héctor. La balanza se decanta hacia la facción troyana. Pero la ira *kholós* (Χόλος) de Aquiles despierta y, al enterarse de la muerte de su amigo, va a buscar a Héctor para matarlo. El príncipe troyano ya ha asumido su destino: sabe que Aquiles es mejor en combate singular y asume su muerte cuando espera su llegada, completamente solo, ante las murallas de Troya. Una vez que Aquiles lo mata, no le basta, en plena cólera ata el cadáver del príncipe troyano a su carro y arrastra su cuerpo sin vida alrededor de las murallas de Troya durante nueve días. Tras ello la balanza se decanta hacia el bando griego.

Cuando se utiliza la fuerza nunca se piensa en las consecuencias que trae consigo su uso porque en el momento en el que uno siente poder sobre la alteridad, concibe que el destino le ha otorgado todos los derechos y ninguno a sus enemigos. En este punto uno se cree invencible en virtud de la ayuda brindada por los dioses, que evita la muerte y la derrota; es ahí cuando la guerra es amada. Pero llega un día en el que el miedo y la muerte de los seres queridos hacen que el alma del combatiente se quiebre ante la necesidad. La relación entre la muerte y el futuro no es la misma para los soldados que para los demás sujetos. Para aquellos situados fuera de las fronteras de la guerra, la muerte actúa como límite impuesto a su porvenir, es el fin de su tiempo futuro. Para los soldados es el porvenir en sí mismo, es su destino, y esto es algo que va en contra de la propia naturaleza de lo vivo. La muerte de compañeros y seres queridos no deja de causar dolor a los combatientes en ningún momento, lo único que permite ahogar este dolor es la embriaguez que otorga el ejercicio de la fuerza. En palabras de la propia Weil: "*El alma a la que la existencia de un enemigo ha obligado a destruir lo que en ella había puesto la naturaleza no cree que pueda curarse si no es por la destrucción del enemigo*" (p. 41).

El empleo de la fuerza no solo transforma a aquel que la sufre, sino también a aquel que la ejerce, porque el soldado, poseído por la guerra, transmuta en un ser que solo se encarga de matar hasta asemejarse a los incendios, al viento o a los depredadores. Agamenón es descrito de esta forma "*Como cuando el fuego destructor cae sobre la espesura de un bosque (...) así el Atrida Agamenón hacía caer las cabezas de los troyanos que huían*" (p. 45). La guerra es entonces el arte de provocar estas transformaciones, y los procedimientos bélicos, así como la muerte infligida al enemigo, son los medios para lograr ese efecto.

Ahora bien, en medio de este caos destructivo es cuando más se aprecian los destellos luminosos en los que se muestra el alma del ser humano. En ocasiones encontramos el alma al deliberar con nosotros mismos, cuando pretendemos hacer frente al destino completamente solos, sin ayudas de dioses u otros hombres. Y Weil nos señala "*Los otros momentos en los que los hombres encuentran su alma son aquellos en que aman*" (P. 47). El amor entre Andrómaca y Héctor, entre Aquiles y Patroclo, de Príamo hacia Héctor y viceversa. En esos destellos de amor, incluso los enemigos se reconocen como personas que sufren y sienten, tal y como observamos en el pasaje que narra el encuentro entre Príamo y Aquiles, cuando el rey troyano, arrodillado ante Aquiles, le suplica recuperar el cadáver de Héctor para

darle una digna sepultura. Allí se reconocen como iguales. Vencedores y vencidos están igualmente próximos porque esa amargura, que procede de la ternura, se extiende sobre todos los seres humanos.

Por último, en dichos "*cuadernos*" aparecen algunas anotaciones sobre la guerra planteándose como el artificio por antonomasia. El manejo de las armas posee, para Weil, dos fines: acabar con un modelo o instalar uno nuevo. Pero alega que el objetivo de erradicar un modelo encierra una contradicción: el momento en el que se desenvainan las espadas en aras de erradicar un artificio implica la instauración de otro. Lo político no admite vacíos. Recordemos que el metal de las espadas transmuta en instrumento de labranza cuando se ha erigido el nuevo modelo, el modelo impuesto por el vencedor. El contacto con la fuerza no importa de qué lado se produzca, si por la empuñadura o por la punta, hemos de tener claro todo lo que podemos perder en el caso de ser vencidos, así como en lo que haremos perder en caso de ser vencedores. El arte de las armas, como el arte de la guerra, tiene tres fines: la creación en el enemigo de una disposición a obedecer la voluntad impuesta, la obtención de ventajas definidas que no pueden obtenerse mediante la negociación y la creación en el enemigo de un deseo de paz.

A modo de conclusión es imprescindible alegar que este gran ensayo no es meramente una disertación sobre la guerra de Troya, va más allá. Es una reflexión sobre los desastres y el dolor que emana de la guerra. En sus párrafos finales, Weil plantea que solo se puede estar dispuesto a empuñar las armas si nuestro cuerpo y alma aspiran por entero a la vida y somos capaces no solo de plantear, sino de responder a la pregunta "*¿desearíamos la muerte de alguien (...) hasta el punto de que nuestras muertes hubieran de ser simultáneas?*" (p. 71). Si la respuesta es afirmativa entonces hay un derecho a la guerra. No obstante, es preciso desear que el otro viva aunque la necesidad se oponga. Asimismo, es crucial focalizarse, no en el fin último de la violencia, sino en las consecuencias de los medios aplicados. Todo sujeto político se siente dueño y señor del universo, pero hemos de recordar que para acceder a lo infinito del universo hay que pasar por la finitud del propio cuerpo. Es en ese momento cuando nos puede asediar la idea de que la Historia es algo a lo que hemos sido condenados.

Juanjo Burón Díaz
(Universidad Complutense de Madrid).